

crítica-comentario-polé

Consejo Nacional y nacionalismo vasco

Por Rafael Gambra

Parece que el último Consejo Nacional del Movimiento ha sido *movido* (como debe) y muy "expresivo". Sólo puedo hablar de referencia porque, naturalmente, yo no estaba allí. En el calculado comunicado de prensa aparecían, sin embargo, temas muy reales y expresados en romance vulgar, sin ese ropaje sibilino de la dialéctica siempre perfecta del régimen "en evolución coyuntural". Se deduce que les salieron los colores a la cara a aquellos que se empeñan en "estar habiendo dejado de ser", o en suponer que "el régimen ha cambiado y su origen se ha olvidado, pero que permanece el *establishment* (es decir, los que mandan)". Son quiebras de un escamoteo difícil y de no muy brillantes resultados (al menos para el país).

Allá sonaron las voces reivindicadoras del ser y del origen, y las voces favorables al *establishment* que se apoyan siempre en el cambio de los tiempos y de las generaciones (nunca de ellos mismos), y las voces obstinadas en convencernos de que se puede ser fiel a dos obediencias...

Un consejero afirmó que la subversión es difícilmente extirpable porque está ya muy arraigada. En lo referente a los separatistas sugirió la conveniencia de convencer a éstos de que su empresa es "una loca aventura".

Y me pregunto yo: ¿qué expresión podría haberse arbitrado más idónea para animar en esta empresa a una juventud hastiada de no conocer otro ideal que el igualitarismo y el nivel de vida? Loca aventura (y milagro de Dios) fue la empresa del 18 de julio y, en mucho mayor grado, la conquista del imperio azteca por un puñado de españoles.

Hubiera sido mejor decir que el nacionalismo vasco es: una traición infame, un absurdo histórico, y un inmenso error valoral.

Una traición porque para un joven separatista su padre (casi siempre), y siempre su abue-

lo, su bisabuelo y todos sus antepasados hasta la generación que se pida fueron leales españoles fieles a su rey, y muchos de ellos carlistas.

Un absurdo histórico porque toda la historia del país vasco forma parte de la historia común de los españoles o de los reinos cristianos españoles de la Reconquista. Todos nuestros escudo locales o familiares fueron otorgados por los reyes de Navarra y, en las provincias vascas, por los reyes de Castilla. Porque Castilla, en fin, en su diferenciación del Reino de León, debe su más antiguo fondo a la expansión del pueblo vasco.

Un inmenso error valoral porque de ninguna tradición histórica del mundo puede un hombre sentirse más legítimamente orgulloso que de la hispánica, sobre todo si ese hombre es cristiano católico. Por muy acorralada que esa tradición se encuentre en el mundo actual —por muy difamada que se vea aun en las mismas cátedras españolas y eclesiásticas—, el siglo XVI español emerge sobre toda otra ejecutoria humana con una grandeza épica insuperable. Si Hernán Cortés hubiera sido francés sería hoy celebrado por encima de Julio César. El propio Hipólito Taine hubo de reconocer que existe un capítulo en la historia humana —el XVI español— que se resiste a la interpretación positivista de su propio sistema histórico. Y de esa historia forman parte figuras tan universales como los vascongados Sebastián Elcano, San Ignacio de Loyola, Francisco de Vitoria...

¿Qué miopía mental puede llevar a no distinguir entre la lucha contra el centralismo estatal (de origen antiespañol) y la lucha contra la gran patria común? ¿Qué perversión puede impulsar a abjurar de la más grande de las historias para abrazarse con la pura nada o con una arqueología de ciencia-ficción?